



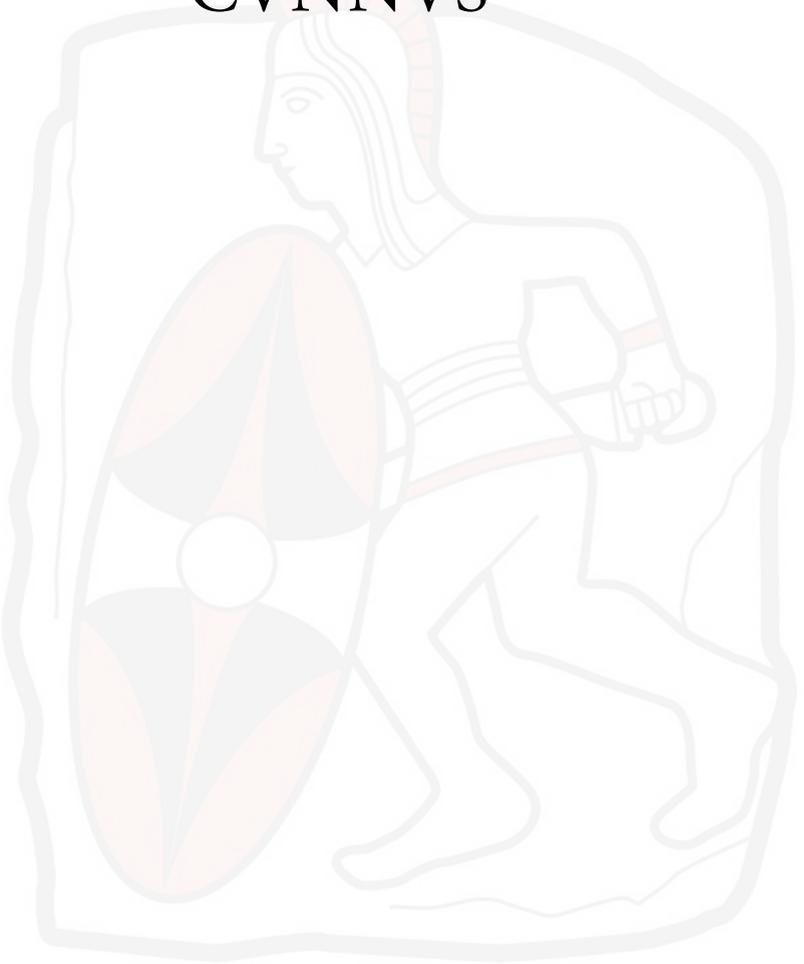
CVNNVS

SEXO Y PODER EN ROMA

PATRICIA GONZÁLEZ GUTIÉRREZ

CVNNVS

DESPERTA FERRO



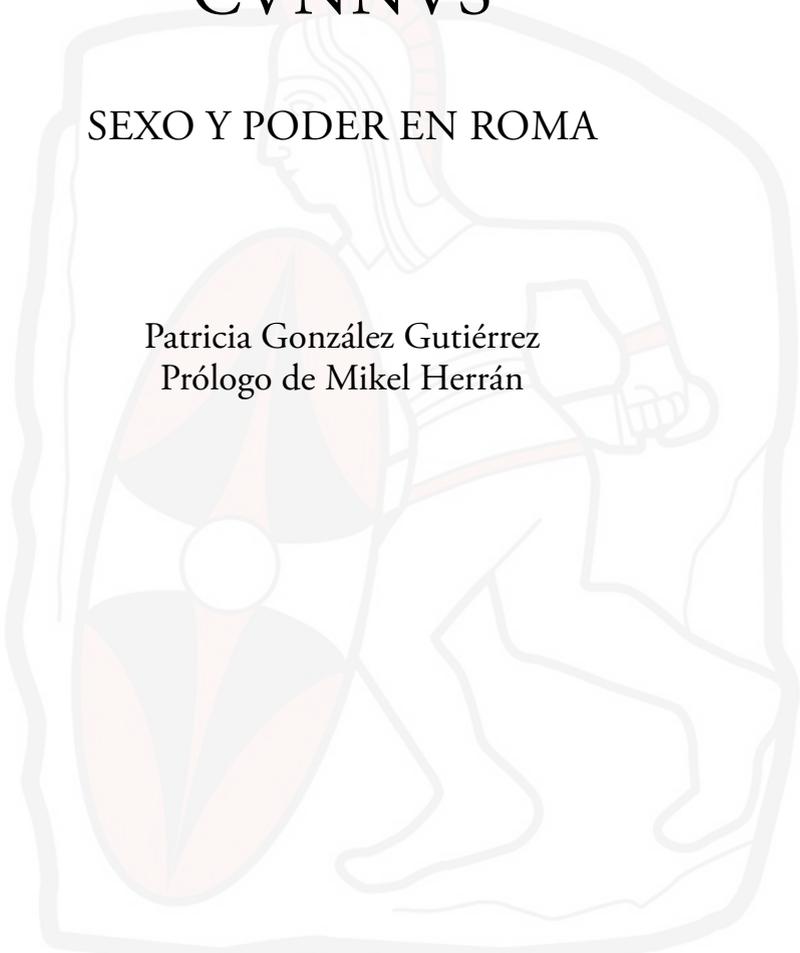
EDICIONES

DESPERTA FERRO

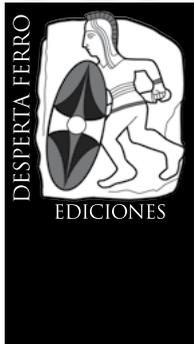
CVNNVS

SEXO Y PODER EN ROMA

Patricia González Gutiérrez
Prólogo de Mikel Herrán



EDICIONES



Cvnnvs. Sexo y poder en Roma
González Gutiérrez, Patricia
Cvnnvs. Sexo y poder en Roma / González Gutiérrez, Patricia
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2023. – 272 p., 8 de lám. : il. ; 23,5 cm – (Historia Antigua) – 1.ª ed.
D.L.: M-22473-2023
ISBN: 978-84-126588-9-7
57-.017.5:94(376)
141.72 392-6



DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO,
DEL CÓMIC Y DE LA LECTURA



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte

CVNNVS

Sexo y poder en Roma

Patricia González Gutiérrez

© de esta edición:

Cvnnvs. Sexo y poder en Roma
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha. 28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

© 2023 Obra de cubierta autoría de
Paula Bonet

ISBN: 978-84-126588-9-7
D.L.: M-22473-2023

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Primera edición: septiembre 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2023 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

ÍNDICE

Agradecimientos	VII
Prólogo	IX
Introducción	XIII
1. La construcción del cuerpo y el deseo	1
2. Lo sexual es político	37
3. Sexualidad pública, sexualidad cotidiana:	
La sexualidad visible	83
4. La institución matrimonial	129
5. Sexo y religiosidad: entre la pureza y la impureza	189
Conclusiones	223
Bibliografía	227
Índice analítico	243

AGRADECIMIENTOS

Los libros no pertenecen nunca a quienes los escriben. Son solo su reflejo, incluso los ensayos. Tienen mucho de sus autores, mucho amor, trabajo, lágrimas y desesperación, pero no son suyos. Son, en primer lugar, de quienes los leen y se los apropian y reapropian, de quienes los anotan, de quienes les doblan las esquinas y les tiran café encima. Parece un tópico, pero no hay nada más cierto. Un libro sin lectores es solo un arbolito muerto. Por otro lado, son un trabajo colectivo, son el cariño y la preocupación de amigos, parejas y compañeros de quienes escriben, quienes les mantienen con los pies en suelo, la cabeza en su sitio y el corazón calentito. Quienes te hacen cerrar el ordenador y salir a tocar el césped, quienes te sacan de los bucles.

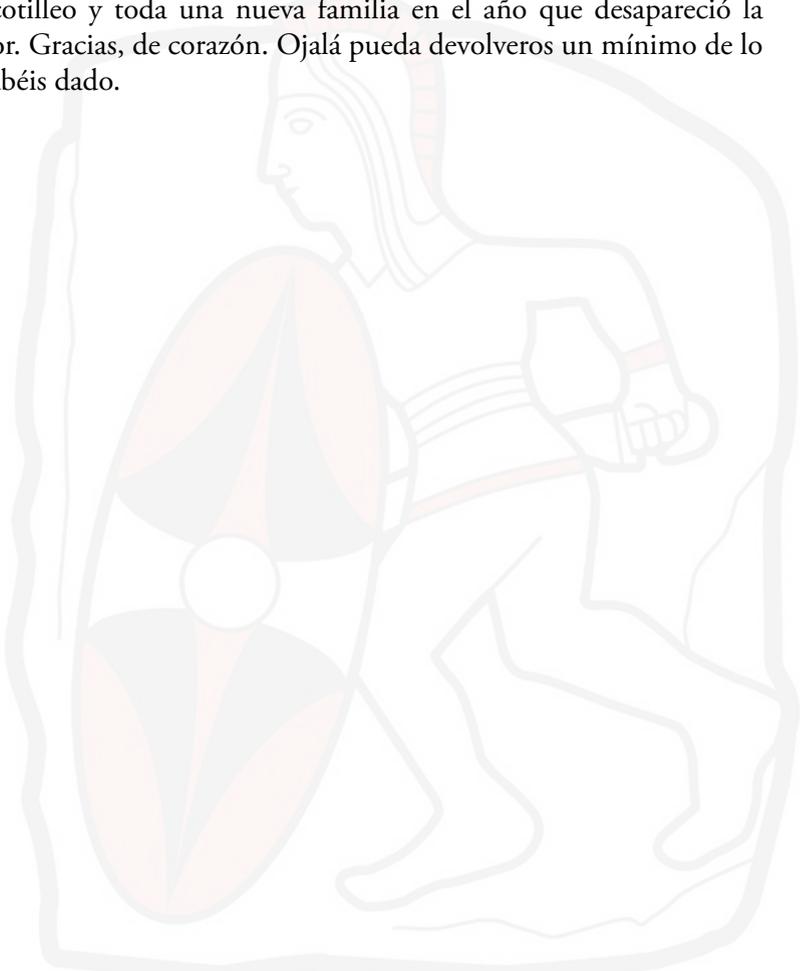
Los libros son procesos, son esa familia que perdiste por el camino, la que ganaste, el desconcierto ante la vida que pasa y que se empeña en demostrarte que las previsiones son siempre mentira. Son también el gato en el regazo y el que se empeña en escribir parte del texto. Son la confianza de una editorial, con todas las personas que la componen, que insisten en fastidiarte las inseguridades, hacer cosas bonitas y darte ideas. Que saben cómo apoyar y hacer, luego, que todo merezca la pena. Son esa parte visible e invisible a la vez. Cuando encuentras una buena, hay pocas cosas mejores.

Pertenecen también a todas las personas que se interesan por una presentación, que quieren que les cuentes tus historias, una tras otra, desgranándolas despacito, las que invitan a sus eventos y que te animan a pensar que, puede, y tan solo puede, haya algo que contar. Esas personas que te enseñan más de lo que puedes enseñar tú, que mantienen viva la historia.

Y, en este recorrido, que enlaza con el anterior, he tenido la suerte de contar con mucha gente así. Compañeros de piso que aportan perspectiva, una pareja capaz de ir al fin del mundo y deconstruir los

esquemas del mundo, esas personas que se enfundan en una toga y empuñan un bisturí o unas agujas, personas cuyo trabajo en los museos nunca agradeceremos lo suficiente, nuevos y viejos amigos que están por mucho que desaparezcas, que siempre tienen un chiste o una palabra de ánimo, compañeros de trabajo siempre presentes y dispuestos a un cotilleo y toda una nueva familia en el año que desapareció la anterior. Gracias, de corazón. Ojalá pueda devolveros un mínimo de lo que habéis dado.

DESPERTA FERR



EDICIONES

PRÓLOGO

«¿Por qué no hablar del sexo? ¿Por qué no hablar de la fuerza de la carne?» decía Manuela Trasobares en un programa de la televisión valenciana en 1997. El sexo es un acto que ha podido ser violento, placentero, un deber o un vicio. El sexo ha marcado qué cuerpos son dignos de respeto y cuáles son aquellos que están disponibles para la violencia sin ningún tipo de repercusión legal o moral. Cuáles son los sujetos de deseo y cuáles son los objetos del mismo. Fuente de explotación y de liberación, hablar del sexo nos permite ser conscientes de su construcción histórica y de su uso en la regulación de la moral y de los cuerpos.

A menudo parece que hablar de sexo es una cuestión dedicada a curiosidades históricas cuando es truculento y violento, o un tema que no merece la pena discutir cuando se habla de aspectos del mismo que pueden incomodar. Un claro ejemplo es cuando pensamos en deseos entre personas del mismo género. A lo largo de la historia, el sujeto de deseo ha sido a menudo masculino y cuál era su objeto de deseo ha sido regulado de distintas formas. El sexo entre personas del mismo género, como iguales, ha recibido distintas condenas morales, en función de la posición social de los implicados, o las morales de la época. Sin embargo, da la casualidad de que gran parte del elenco de grandes personajes históricos a los que con frecuencia homenajeamos, entendieron y practicaron su deseo de formas que hoy escaparían de la norma. Alejandro Magno acometió grandes campañas en Persia, Afganistán y el Indo, y, sin embargo, pocas veces se habla de su deseo y explotación del esclavo Bagoas, o el afecto intenso hacia Hefestión. Otros ejemplos podrían incluir a Julio César, Adriano y su *erastés* Antínoo, o incluso a Ricardo Corazón de León. Por supuesto, muchos de estos son hombres tanto por la costumbre de la historia a escribirse en masculino como por la larga invisibilización de los afectos entre mujeres. Pero, sin querer menospreciar los logros militares o políticos de estas figuras, cuando las

preguntas han virado hacia el deseo y la alcoba, muchos han cuestionado qué se nos había perdido a los historiadores intentando comprender los aspectos más íntimos y privados de las vidas de estos personajes. Pero es solo el deseo sexual que hoy consideramos disidente o incómodo el que se cuestiona cuando sale a la luz, mientras que el normativo se da por hecho.

El largo proceso histórico que nos ha llevado hasta hoy ha reducido el sexo al ámbito de lo privado y lo íntimo. Algo a disfrutar en la intimidad de la pareja pero no a discutir abiertamente. Y ahí colocado, han surgido discursos que han invisibilizado lo que no queremos ver del sexo. En la moral victoriana y reprimida del siglo XIX, el sexo podía convertirse en un tabú, mas no hablar del mismo no hacía que desapareciese la explotación de aquellos cuerpos a quienes se reducía a meros objetos de deseo. Desde la ama de casa burguesa cuyo placer era inexistente hasta la prostituta que podía caer víctima del famoso Jack el Destripador. El sexo es un tema tabú que, cuanto más tabú y menos comprendido, más riesgos conlleva. La educación sexual nos permite hablar de consentimiento, de buenas y malas prácticas, de diversidad. Es por ello que hablar de sexo se hace necesario. No por la extraña fascinación que todo lo relacionado con lo erótico y los fluidos corporales sigue suscitándonos, sino por la forma en la que el sexo se ha construido socialmente.

No obstante, podría decirse que el sexo en Roma no es un tema que haya sido ignorado en particular. Los *fascinus* que decoraban la ropa, las paredes y las casas romanas aún nos causan curiosidad, aunque su asociación original no fuera tanto con el sexo como con la protección. Desde la mitología, con sus Príapos, hasta los prostíbulos de Pompeya, todos tenemos una imagen del sexo en Roma. Esta imagen bebe de la propaganda clásica, en la que el sexo se empleaba como un marcador del carácter del individuo o para pintar al enemigo político como un impúdico en todos los ámbitos de su vida. Esta propaganda política, que era también propaganda moral, fue repetida en la historiografía decimonónica y apuntalada en la cultura popular a través de películas y series como *Yo, Claudio* (1976). Nerón quiso convertir a un esclavo suyo en mujer y Mesalina se dio a la prostitución, compitiendo en un burdel por ver quién podía acostarse con más hombres. Helio-gábalo quiso cambiar su sexo y en las famosas orgías romanas todo era comer hasta vomitar y un desfile sexual.

El sexo en Roma, o la imagen que tenemos del mismo, es la reproducción de una serie de ideas sobre la depravación moral a la que

lleva ostentar el poder en el mayor imperio sobre la Tierra. Es una señal de los excesos y la decadencia, un desfile de prostitutas, emperadores depravados, emperatrices que lo emplearon como arma y esclavos que eran utilizados como satisfacción. Tal vez la escena más emblemática de esta imagen de lo romano, y cómo la seguimos arrastrando, es la escena del baño en *Espartaco* (1960), en la que el patricio Craso, el principal antagonista de la película, tienta a su esclavo Antonino con una velada metáfora sobre el consumo de caracoles o de ostras. Esta proposición es después acompañada con una descripción sobre cómo se debe servir a Roma, la gran urbe y el gran imperio, y cómo uno ha de doblegarse y amarla. Esta escena, que hablaba de la sexualidad como una preferencia de gusto, pero la presentaba como un acto de poder del amo hacia el esclavo, fue eliminada tras la petición de la Legión Nacional de Decencia, considerada un peligro para los Estados Unidos de los años sesenta.

Con tal bagaje pesando sobre nuestras mentes acerca del sexo en Roma, es más necesario que nunca ir más allá de esos estereotipos. El sexo no como fuente de lo anecdótico, o como espectáculo truculento para colorear personajes como depravados o buenos. Para ello, es necesario aplicar una lectura actual a las fuentes históricas y arqueológicas, que renueve estos más que trillados tópicos, y que nos permita explorar nuevas preguntas sobre aspectos como el consentimiento, la diversidad, la violencia o la agencia. Preguntas que incidan en estos tópicos desde una nueva perspectiva, pero que también incluyan actores no tan representados, como pueda ser la prostitución masculina, las tribades, o los cuerpos que no encajaban en ese mismo binarismo que las *mores* romanas querían entender.

Esto es lo que ofrece este libro, una exploración detallada, crítica y argumentada de las fuentes, que vuelve a mirar a personajes bien conocidos y a otros muy desconocidos. A cómo hemos visto el sexo en Roma y lo que queda más allá. Detrás de la Mesalina que quiso competir con prostitutas hay una adolescente forzada a casarse con quien le doblaba la edad y víctima de una campaña de propaganda. Detrás de los esclavos y esclavas utilizados como satisfacción sexual por sus amos existe una violencia y una anulación de la agencia y la humanidad de estas personas. Detrás de las historias de la depravación de Heliogábalo, hay una construcción del sexo y el género que observaban aquello que se apartaba del binarismo como una afrenta al orden.

Son las preguntas que presenta y plantea este libro las que tal vez nos ayuden a desmitificar el sexo en Roma, a mirar su construcción como algo histórico que incluso hoy arrastramos a golpe de topicazo.

Las fuentes romanas están llenas del sexo como propaganda política, pero también como sátira y como humor, como veneración y como incompreensión. Entre estos usos del sexo, el estudio crítico de las fuentes permite ver no solo cómo era el sexo en Roma, sino cómo se veía, de una forma no unívoca. El sexo es complejo, y su estudio nos descubre a quienes quisieron regularlo, o a quienes buscaron entenderlo, a quienes se lo tomaron a risa, y a quienes lo vieron como un derecho para sí mismos.

Este libro es la prueba sobre cómo el estudio del sexo puede ilustrar mejor las múltiples facetas de una sociedad como la romana y cómo incluso el color y el juicio con el que los romanos veían el sexo tiene sus ecos hoy en día. El sexo ha sustentado pánicos morales, ha servido para crear la norma, y para desafiar, o al menos contradecir, esa normatividad. Y no es hasta que dirigamos miradas exhaustivas y críticas al sexo como la que presenta este libro, que podremos ir más allá de los tópicos del *peplum* y los titulares sórdidos que tanto han cautivado nuestro imaginario.

Mikel Herrán
Julio de 2023

INTRODUCCIÓN

Leucipa espetó, con desprecio, a su atacante: «La mayor alabanza será esta “Virgen incluso después de Tersandro, más lascivo que los propios piratas. Como no puede violarla, la asesina”. ¡Ármate, pues, con estos instrumentos, toma ya contra mí los látigos, la rueda, el fuego y el hierro! [...] Yo estaré inerme y sola, una simple mujer, con mi libertad por toda arma, a la que ni hieren los golpes ni el hierro corta ni el fuego abrasa. Jamás la dejaré en tus manos. Y, aunque me quemes, no hallarás el fuego tan ardiente como ella».¹ Sus palabras y su desprecio hicieron efecto, y Tersandro se fue, humillado y destrozado, mientras la muchacha conservaba su virginidad. Leucipa triunfó porque esta escena proviene de una novela. Miles de mujeres reales, de esclavas, esposas o prisioneras, no tuvieron tanta suerte.

¿Por qué empezar así un libro sobre sexualidad, algo que sonaba tan divertido y tan ligero? Precisamente por eso. Porque si decimos «sexo en Roma» nuestra mente vuela a las orgías, los emperadores lujuriosos, las matronas de ligeros vestidos o a Mesalina compitiendo en un burdel, a falos pintados en paredes rojas y blancas y a la risilla nerviosa que le produce a la gente entrar en el gabinete secreto del Museo de Nápoles. Pero la sexualidad no es solo eso.

Escribir sobre sexualidad no es solo hablar de sexo. Es hablar de cuerpos, de poder, de lenguaje, de humor, de normas y de represiones y resistencias. También es hablar de disidencias, de violencia, de ternura y de clandestinidad. Es hablar de cultura, de política, de cómo se configura la misma Roma.

El sexo es natural, pero la sexualidad no. De hecho, lo poco que podemos afirmar de la naturalidad o no de la sexualidad humana es que es algo enormemente social y, por tanto, varía en sus formas, normas y tabúes de una sociedad a otra. No tenemos sexo solo para reproducirnos, sino para crear vínculos, como forma de dominación, para liberar

estrés o por puro placer. Tenemos sexo a solas, en pareja o en grupo. Tenemos sexo muy en serio o jugando. Tenemos sexo libremente o con miedo. Y, de eso, al final, va este libro, de las alegrías, miedos y normas que rodeaban y significaban la sexualidad en la sociedad romana.

Por otro lado, como es habitual, las fuentes son poco amigas de la normalidad (aunque sí de la normatividad). Lo cotidiano, las galletas del desayuno, cambiarle los pañales al bebé, lavar la ropa o el sexo diario con la esposa parecían cosas poco interesantes y que, además, todo el mundo daba por supuestas. ¿Cómo no vas a saber cómo se plancha la toga o se preparan las gachas? ¿Para qué hacer un tutorial de lo que se aprende en casa? ¿A quién podría interesarle eso, si puedes escribir sobre batallas, tratados médicos o el comercio de especias? Y, aunque hubiera recetarios, tanto comerciales como caseros, consejos sobre sexualidad, cartas a familiares y cotilleos en voz baja, también era considerado como algo menor y poco digno de ser conservado. Ojalá hubieran pensado en nosotros, pero poca gente se para a reflexionar sobre qué pensarán de uno en el futuro (a menos que uno sea un fatuo como Cicerón), o qué necesitarán los arqueólogos del mañana.

Así pues, en los textos encontraremos, sobre todo, lo escandaloso, lo exagerado, lo cómico, la sexualidad convertida en un recurso para conseguir otro fin. Y eso, lo queramos o no, marca nuestros límites y posibilidades. Pero habrá que intentar entender, analizar, leer entre líneas y escribir de todas formas. Antes de empezar con este libro, además, hay que entender algo sobre la sexualidad y Roma, y es que, para la mentalidad romana, el sexo nunca consistía en una relación entre iguales, no iba de complicidad ni de ternura, no iba de dos (o varias) personas compenetradas para obtener y procurar placer, preocupados unos por otros. El sexo en Roma no era un diálogo, sino un monólogo. Se basaba en el poder, siempre era una relación entre un superior y un inferior, entre una persona activa y una pasiva. Luego podremos discutir sobre si la realidad cotidiana, como suele suceder, superaba esa mentalidad, y, en efecto, la ternura o la complicidad existían, pero siempre tendremos que considerar que eso era un extra, una circunstancia excepcional, una transgresión.

LOS LÍMITES DE UN LIBRO

Las monografías, al final, tienen sus fronteras y límites, y no se puede abarcar todo. Mucha de la información aquí recogida se enmarca en la sociedad romana de finales de la República y el Imperio, con algunas



Figura 1: Anillo romano que representa a una pareja teniendo relaciones sexuales (ss. I-II d. C.). N.º de inventario I1186. Fotografía de Jakob Faurvig, © Thorvaldsenmuseum [<https://kataloget.thorvaldsensmuseum.dk/en/I1186>].

incursiones en el cristianismo y la época tardía. De igual manera, los entornos urbanos se verán sobrerrepresentados y es probable que también las clases altas y las ideologías dominantes. Por mucho que intentemos evitarlo, las fuentes son lo que son, con sus sesgos e intereses y ciertos asuntos, grupos sociales o regiones nunca les interesaron a los antiguos cronistas. Tampoco se puede recoger hasta el último testimonio y puede que haya más preguntas que respuestas. Pero eso es lo bonito de los libros, que son puertas y no muros.

También los romanos, como nosotros, reconstruyeron mucho sobre su pasado. Al cabo, más que ser por completo veraces, querían construir un relato que les permitiera encontrarse a sí mismos y justificarse en su presente, por lo que el mito de la edad dorada del pasado es bastante cuestionable. Los mitos y la historia son lugares confortables en los que expresar ideas, valores y deseos sin acabar de mojarse directamente con respecto a las polémicas del propio presente. Es una circunstancia con la que los historiadores siempre debemos tener cuidado,

no buscar gigantes a los que subirnó –recordando a Isaac Newton–, ni idealizar nuestro pasado; no obstante, es algo con lo que muchas veces tenemos que lidiar y que las fuentes romanas buscaban de forma intencionada. «La historia como maestra de la vida» no es la grandilocuente frase con el profundo significado que muchas veces queremos darle. En realidad, era algo más prosaico y que escondía mucha manipulación.

Y en ese mito del pasado dorado se incluye a rústicos pastores y austeras mujeres que jamás han probado el vino ni tienen joyas, que no son adúlteras y para las que el sexo no era una cuestión de placer y deseo. No podemos pensar tampoco en una etapa republicana inicial ajena del todo a los «placeres griegos» ni a su influencia, con unas normas sexuales ajenas por completo a las griegas. De nuevo, los conflictos políticos que cristalizaron en torno al filohelenismo o antihelenismo de finales de la República influyeron en el concepto que se tenía del pasado, sus normas sociales y su forma de vivir consigo mismos y en el mundo conocido.

Más allá de eso, el estudio de la sexualidad resulta muy complicado y se nos escapan muchos aspectos. Al igual que no entendemos bien los chistes de culturas ajenas a la nuestra, o incluso de grupos de edad distintos a los nuestros, pues muchas veces se nos escapan los detalles y matices. Las etiquetas no encajan bien, las burlas tienen sentidos que hay que analizar mil veces. Y las fuentes no se encargan, como hemos dicho antes, de lo normal y cotidiano. Así que sed clementes, pero imaginativos, intentad comprender más allá de la caja de nuestro propio pensamiento. Y manejad las fuentes con cuidado.

FOUCAULT, FEMINISMOS Y EL ELEFANTE EN LA HABITACIÓN

Quizá una de las grandes revoluciones en el estudio de la sexualidad tuvo su origen en una persona que resultó ser bastante problemática. Sigmund Freud, a caballo entre el siglo XIX y el XX, postuló que la sexualidad se desarrolla a lo largo de la vida y que no es algo inmutable, así como la existencia de más de un modelo de sexualidad y orgasmo y de la sexualidad infantil. Ahora bien, en realidad, no dejaba de considerar la heterosexualidad como la forma de sexualidad «madura» y sus disidencias se consideraban trastornos sociales y físicos. También resultaron polémicos sus estudios debido a la tergiversación y manipulación, cuando no invención, de sus casos de estudio y conclusiones.² El estudio de la sexualidad aún se movía entre lo patológico y lo médico, más que en lo social o en lo histórico.

En la historiografía, y en la investigación en general, se puede detectar un auge de los estudios acerca de la sexualidad que coincidió con la segunda ola del feminismo. El cuestionamiento sobre el género y sus mecanismos llevó también a cuestionar cómo las normas sexuales, la cultura de la violación o la heterosexualidad obligatoria eran potentes mecanismos de control social.³ Adrienne Rich, por ejemplo, en los años ochenta, escribió sobre cómo la heterosexualidad, en las mujeres, ha sido una imposición que se unía consustancialmente al género, algo expresado de manera más radical por Monique Wittig en su polémica afirmación de que una lesbiana no es una mujer, al salirse de los límites impuestos, en ese momento, para el género. En el mismo sentido, investigadores como Kenneth Dover o David M. Halperin, abrieron camino con sus trabajos sobre prácticas homoeróticas en el mundo clásico. Cuesta pensar que unos elementos tan explícitos hayan pasado soterrados durante tanto tiempo, pero solo se ve lo que se busca. Lo desviado, de repente, no es algo tan universal, ni lo natural o antinatural algo tan claro. Más tarde tocaría debatir sobre si el «amor griego» era, en realidad, una manifestación de la homosexualidad, simples actos homoeróticos o un ideal platónico, así como el alcance de ese homoerotismo en otras sociedades, como la romana.

Recientemente quizá la polémica más sonada haya sido la de James N. Davidson con su libro *Greeks and the greek love*, donde intenta convencer a su audiencia de que las relaciones entre el erastés y el erómeno en la Grecia clásica eran solo una práctica afectiva, sin que en realidad hubiera entre ellos relaciones sexuales o penetración. Más allá de que el libro manipule algunas fuentes y obvie otras, la reacción en torno al libro ha sido curiosa. El autor acabó insinuando que una reseña negativa que había aparecido publicada sobre su libro se debía a que el reseñador estaba a favor de la pederastia, mientras ciertos grupos conservadores aplaudían y la veían como un apoyo a su negativa a la existencia del homoerotismo en el mundo clásico, más allá de ser algo rechazado o condenado.⁴

Quizá este ejemplo prueba que el estudio del género y de las sexualidades no ha sido un camino fácil. El mismo interés que ha facilitado el florecimiento de nuevos estudios, perspectivas e investigaciones, también ha conllevado un tsunami de reacciones y defensas del orden establecido, así como críticas. De igual modo que a Simone de Beauvoir le sorprendió la reacción de la Iglesia a su obra *El segundo sexo*, a Eva Cantarella le pilló por sorpresa, con la publicación de su obra *Según natura. La bisexualidad en el mundo antiguo*,⁵ tener que defenderse de

las acusaciones de hacer propaganda y no historia. Es posible que ambas pecaran de ingenuas, aunque en la actualidad nos sigamos sorprendiendo (o no) de la virulencia ante ciertos trabajos.

Tal vez el autor más conocido en este ámbito, o más bien como protagonista del cambio que conllevaron, sea Michel Foucault, que no solo realizó un trabajo donde analizaba la sexualidad como mecanismo de poder y otro donde analizaba el concepto de locura en el mismo sentido. Acuñó el término «biopoder» para referirse a toda esa serie de prácticas, técnicas y concepciones que permiten a las sociedades controlar el cuerpo de sus ciudadanos. Pierre Bourdieu, por su parte, usó *habitus* para esa forma de adaptar el cuerpo, la estética o los movimientos a una serie de convenciones. Tiempo más tarde, Judith Butler incidió en cómo los cuerpos no son elementos neutros, sino que su desarrollo depende mucho de las condiciones culturales. La alimentación, el ejercicio y los cánones estéticos, entre otros, marcan las diferencias y similitudes entre los cuerpos mucho más de lo que podría parecer.

Es decir, no solo las normas sexuales o el deseo se construyen culturalmente, sino también el propio concepto de cuerpo, de cómo debe ser este, a cuántas categorías ajustarse, o cómo debe desarrollarse. Y en esa construcción siempre entran en juego la hegemonía y el poder. Aquí siempre nos paramos y decimos algo como «no, no, no, pero el cuerpo es el cuerpo». Entonces pensamos quizá en el cuerpo de los y las atletas, en por qué las redes sociales censuran un pezón femenino y no uno masculino, o una escultura clásica por considerarla obscena. Acaso pensamos en la depilación, en por qué en ciertas zonas los hijos sacan un palmo de altura a sus padres, o en los pies vendados o los tatuajes. Paremos un segundo más. Observemos alguna parte de nuestro cuerpo ¿está sexualizada? ¿Lo ha estado siempre? ¿Cuánto músculo tiene o cuánta grasa? ¿Tiene vello? ¿Cómo nos dice la sociedad que debería ser? ¿Ha influido en cómo es esa parte cuánto sol tomamos y cuánto ejercicio y cuál desarrollamos? ¿Conocemos a alguien que, en realidad, se ajuste por completo a ese modelo? Las respuestas puede que nos sorprendan más de lo que queremos reconocer. La idea de que detrás de elementos naturalizados, considerados como no culturales, en realidad hay una enorme cantidad de justificaciones y discursos médicos, sociales, legales e ideológicos, empieza a abrirse paso en la sociedad. Sin embargo, aún nos queda mucho camino por andar.

Comprender estos mecanismos culturales no solo lleva a desmitificar lo «natural» –y, por tanto, también lo considerado antinatural– en



Figura 2: Lucerna erótica romana que muestra a una pareja usando un dildo. N.º de inventario H1195. Fotografía de Ole Haupt. © Thorvaldsenmuseum [<https://kataloget.thorvaldsenmuseum.dk/en/H1195>].

nuestras sociedades, sino a comprender mejor toda una serie de vínculos y comportamientos entre sus miembros. Es decir, nos ayuda a comprender mejor cómo articulamos nuestro propio deseo, pero también nuestras emociones, porque el sexo no va solo de sexo, va de todo lo que se origina alrededor del mismo.

EL ORIGEN DEL MUNDO Y LA FAMILIA

Dentro de esta esencialización, lo «desviado» se intenta explicar mucho más que lo «normal» en lo que se refiere al cuerpo y la sexualidad. También se intentan explicar la organización social, el origen de cuestiones como la familia o la situación social de hombres y mujeres, el corazón mismo de cada comunidad. En realidad, es complicado llegar al origen y causa última de las diferencias y normas en torno al género y al sexo, porque nuestros textos nos remiten a sociedades ya formadas y, cuando se formaron los principios básicos de la desigualdad, la gente no dejaba sus ideas por escrito. Ha sido siempre más fácil trasladar nuestros prejuicios a la prehistoria que estudiarla por sí misma. No tenemos más que ver la evolución de cómo hemos representado a los neandertales o a las mujeres a lo largo de la historia para hacernos una idea sobre el tema.⁶

Podemos encontrar, eso sí, ciertas cuestiones básicas, a través de las normas, ejemplos e historias moralizantes en las sociedades ya formadas. Podemos estudiar, también, en qué hemos cambiado y qué hemos heredado. De nuevo, salirse del marco conllevó encontrar variaciones y modelos alternativos. Algunos de ellos dieron lugar a teorías como la del matriarcado, ampliamente desmentido ya en su momento, pero que ha alcanzado una enorme popularidad en el imaginario colectivo. La teoría de Johann Jakob Bachofen, que luego alcanzó a Lewis Henry Morgan y Friedrich Engels, propugnaba un estadio inicial de promiscuidad, seguido de un matriarcado y luego del patriarcado, considerado por Bachofen, en realidad, la manifestación de la auténtica civilización, racionalidad y progreso. La resignificación del mito por autoras como Marija Gimbutas significó un renacimiento del concepto, que hubo que volver a desmentir. Por ejemplo, las figurillas femeninas que se asociaron a las diosas madres y el matriarcado son abundantes, pero no sabemos si son diosas, y menos aún si son diosas madre, además de compartir espacio con figuras de hombres, parejas y animales. Tampoco tenemos constancia de que haya existido una sociedad en la que las mujeres hayan ocupado un poder institucionalizado, marginando a los hombres del mismo y colocándolos en una situación subordinada. El hecho de que las sociedades en las que la mujer tiene una cuota de poder ya se consideren matriarcales, pese a que sigan mandando los hombres, indica cuán bajo está el listón en este tema.⁷

Algunas autoras se centraron en encontrar el origen del patriarcado, como punto de inflexión en la creación de las normas que luego regirían el género, la sexualidad y los modelos familiares. Gayle Rubin teorizaba,

en los años setenta, sobre cómo el intercambio de mujeres, su domesticación, así como economía, influían en estas normativizaciones. También Gerda Lerner, en *La creación del patriarcado*, propone explicaciones económicas sobre la apropiación del trabajo productivo y reproductivo de las mujeres. Almudena Hernando, por otro lado, ha trabajado en el ámbito de la identidad, en la diferenciación entre una identidad individual en los hombres y una relacional en las mujeres. En esa línea, una cuestión muy básica, por ejemplo, en torno a las diferencias por género es la que destacaba Robin Osborne, en su libro sobre la construcción sexual de las relaciones sociales: la contradicción, y a la vez cimentación complementaria de las sociedades, que dentro del binarismo de muchas sociedades patriarcales, potencia en los hombres lo sexual, mientras reprime todo lo emocional, al tiempo que, en las mujeres, se potencia lo emocional salvo en la sexualidad, que debe ser reprimida, ocultada e incluso eliminada.⁸

Al contrario de lo que algunos han propuesto, pues, la promiscuidad masculina no sería una mera ventaja biológica, frente a una mujer que querría seleccionar un padre para sus crías, sino que es el resultado de todo un largo proceso histórico de construcción de instituciones como el matrimonio, el castigo a la sexualidad femenina, y la creación de mecanismos de control del género y el cuerpo. Si bien no podemos saber cómo eran las cosas en su origen, ni cómo llegamos, como especie, a formar y conformar ciertas desigualdades e instituciones, sí podemos deconstruirlas, desmenuzarlas y entenderlas en su contexto, para entender mejor el nuestro.

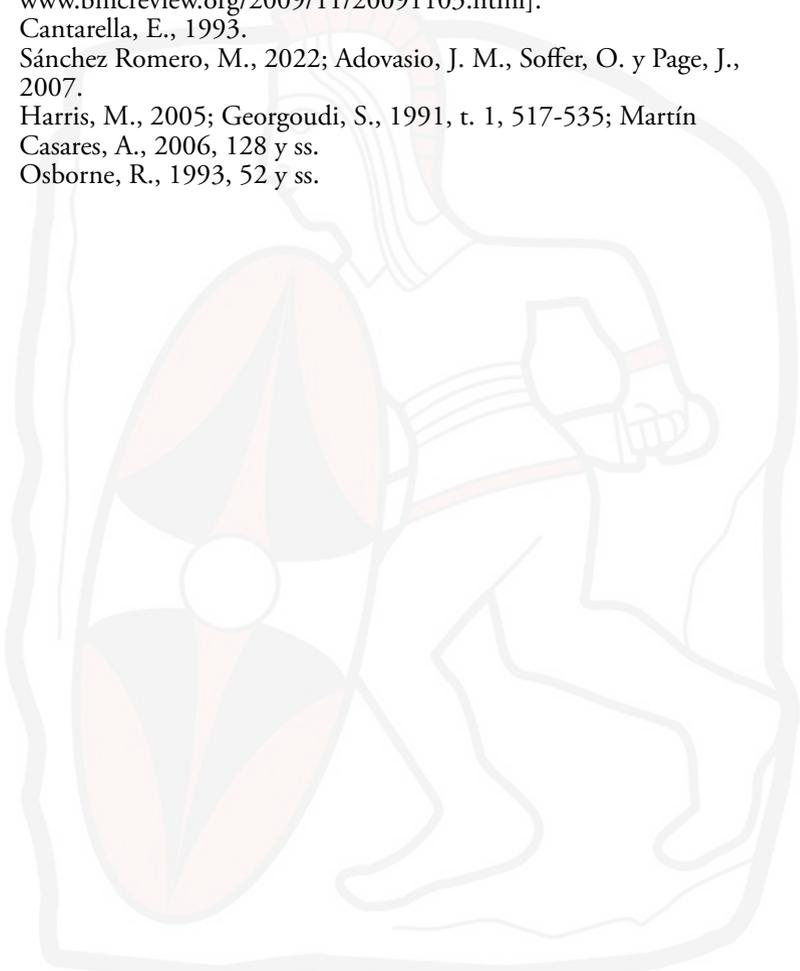
Y de eso, en el fondo, va este libro que tienes entre manos. De mirar más allá de lo que consideramos natural. De mirarnos, de nuevo, en un espejo extraño, para comprender mejor cómo funcionaba la sociedad romana en sus niveles más básicos y, a la vez, repensar un poco qué nos dejaron incrustado en el idioma, el imaginario colectivo, el derecho y la ciencia. Porque, como hemos dicho al principio, el sexo va de juego, placer y amor, pero también de poder, jerarquización social y exclusiones. Bueno, no nos desanimemos, también va de perversiones y juguetes sexuales, pero eso es algo que veremos más adelante.

NOTAS

1. Aquiles Tacio, *Leucipa y Clitofonte*, 6, 22.
2. Gómez Sánchez, C., 2007, 75-86. Resulta curioso que, en la fundamental obra de Laqueur sobre el cuerpo, el límite en la modernidad viene justamente dado por el psicoanalista, *vid.* Laqueur, T., 1994.

3. Se pueden encontrar buenas introducciones en Skinner, M. B., 2014; Hubbard, T. K., 2014.
4. Ante la guerra de reseñas y contrarreseñas en la *Bryn Mawr Classical Review* acabó trasladando el tema a su blog y negándose a aceptar más, aunque el debate continuó en los comentarios, tanto por parte de los implicados como de comentaristas anónimos. *Vid.* [<http://www.bmcreview.org/2009/11/20091103.html>].
5. Cantarella, E., 1993.
6. Sánchez Romero, M., 2022; Adovasio, J. M., Soffer, O. y Page, J., 2007.
7. Harris, M., 2005; Georgoudi, S., 1991, t. 1, 517-535; Martín Casares, A., 2006, 128 y ss.
8. Osborne, R., 1993, 52 y ss.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Sic Venus ut subito coiunxit corpora amantum dividet lux

«Así, después de que Venus ha unido súbitamente los cuerpos de los amantes, los divide la luz del día».

La sexualidad puede parecer algo natural, como el comer, y, sin embargo, más allá de la biología, comporta una enorme carga social, como también lo hacen la gastronomía y los modales en la mesa. Así, el elemento natural se va cubriendo de capas y más capas de normas, tabúes, prejuicios, deseos y miedos, en una convivencia difícil de ternura y violencia, de amor y de odio, de lo tópico y de lo transgresor. Por supuesto, la antigua Roma no fue una excepción en su tratamiento del sexo y conocer mejor cómo los romanos concebían el cuerpo y el deseo, cómo entendían la reproducción y el matrimonio, cómo usaban el sexo en la política o cómo se impregnaba de sacralidad, nos ayuda a entender mejor su sociedad y la nuestra. ¿Podemos fiarnos de las maledicencias sobre la lasciva Mesalina o sobre el ambiguo Heliogábalo? Mejor, cuestionemos las fuentes, intentemos adivinar cuánto hay de real en sus exageraciones o acudamos a la iconografía, aunque sea problemática y no siempre esté bien conservada.

Si con *Soror. Mujeres en Roma* Patricia González nos hizo ver el mundo clásico a través de los ojos de esa mitad de la población tan a menudo ocultada, en *Cvnnvs* recorre los diferentes aspectos del sexo y las distintas sexualidades que existieron en Roma: desde cómo se nombraba el sexo y el cuerpo hasta la pornografía y los juguetes sexuales, desde el matrimonio a la violencia sexual y desde las castas vestales hasta las insaciables brujas capaces de corromper a los hombres. Comprender cómo se naturalizaban ciertas prácticas, se rechazaban otras o cómo se crearon algunos prejuicios, nos ayuda a deconstruir nuestras propias ideas preconcebidas y nuestras, aparentes, esencias. Nos ayuda, en suma, a cuestionarnos, que es algo a lo que toda buena mirada al pasado debe empujarnos.

ISBN: 978-84-126588-9-7



9 788412 658897

P.V.P.: 24,95 €

**HISTORIA
ANTIGUA**